

## LA POLITICA INTERNACIONAL EN EL CUARTO TRIMESTRE DE 1953 Y PRIMERO DE 1954

La contestación occidental a la Nota rusa de 28 de septiembre acerca del problema alemán fué el tema principal de la reunión tripartita celebrada en Londres del 16 al 18 de octubre, y en la que las discusiones no se ajustaron a un orden del día preestablecido. En efecto, como consecuencia de estas reuniones y después de haber sido consultado el Gobierno de Bonn, las tres potencias occidentales enviaron el 18 de octubre idénticas Notas de respuesta a la Unión Soviética. Como la Nota soviética del día 28 de septiembre aludía separadamente a una Conferencia de las grandes potencias (incluida la China) para tratar de todos los problemas que afectan a las relaciones internacionales, y a una Conferencia cuatripartita para discutir el problema alemán, los occidentales se refirieron en su contestación a ambas reuniones internacionales. Respecto a la primera, y teniendo en cuenta el significado de la participación de la China roja propuesta por Moscú, recordaron la aceptación, dada hacía unos días, a la celebración de conversaciones en Panmunjom que prepararan la Conferencia política coreana, en la cual se podrían abordar otros temas referentes a Asia, pero haciendo ver que los otros problemas que afectan a la seguridad internacional, como por ejemplo, el desarme, deberían ser tratados en la O.N.U. Respecto a la conferencia cuatripartita sobre Alemania, los occidentales se manifestaron desosios de una urgente reunión que podría tener lugar en Lugano el 9 de noviembre, toda vez que la fecha primitivamente propuesta del 13 de octubre había sido ya rebasada y que la Nota soviética del 28 de septiembre no aludía ni a fecha ni a lugar de reunión. Por lo demás, expresamente se hace alusión a Austria como tema también a tratar en esa Conferencia cuatripartita.

No se hizo esperar una respuesta soviética, esta vez de gran extensión. El 5 de noviembre Moscú vuelve a insistir en la necesidad de una Conferencia de Cinco, cuya celebración exigiría como condiciones previas la desaparición de bases militares norteamericanas en Europa y el abandono de los Tratados de Bonn y París. Concretamente sobre Alemania insiste en el conocido punto de vista ruso de la previa constitución de un Gobierno provisional alemán para todo el país y la inmediata celebración de elecciones generales. Respecto al problema austríaco, la Nota soviética recuerda la del 28 de agosto, que considera aún no contestada. Ni que decir tiene que esta respuesta de la Unión Soviética fué considerada por los observadores internacionales como negativa, produciendo una general impresión de pesimismo sobre las posibilidades de conversaciones futuras entre los dos bloques. El presidente Eisenhower declaró al día siguiente que las condiciones formuladas por la U.R.S.S. (abandono de la C.F.D., desaparición del sistema atlántico y reconocimiento de la China de Pekín), suponían hacer imposible la celebración de una conferencia. Y Foster Dulles no dudaba en declarar el 9 de noviembre que si la contestación soviética no obedecía a una mera maniobra política habría que considerarla como una amenaza a la paz.

En esta situación, los occidentales contestaron con una breve Nota conjunta el 16 del mismo mes. Realmente había poco que añadir después de haberse sostenido durante meses una conversación a distancia en el curso de la cual los occidentales ya habían hecho concesiones a sus primitivos puntos de vista. Las condiciones que ahora pone la U.R.S.S. son un precio inaceptable. De aquí que los Gobiernos de Washington, Londres y París se limiten a lamentar la actitud soviética y a mantener su oferta incontestada. Para entonces, el 10 de noviembre se había anunciado oficialmente la inmediata celebración de una Conferencia de los occidentales en las Bermudas en los primeros días de diciembre. Esta reunión, como se recordará, había sido inicialmente proyectada por Churchill como preparatoria de una Conferencia de los Cuatro, y debió ser interrumpida por su enfermedad y sustituida por la Conferencia de Wash-



ington de 10 de julio de los tres ministros de Asuntos Exteriores. Pero siete meses después de haber sido proyectada por el primer ministro británico, su significado había cambiado. El diálogo a distancia con la U.R.S.S. se había encargado de hundir en el pesimismo lo que en un principio fué pensado, un poco precipitadamente, como una ocasión de ofrecer a Moscú la prueba de la buena voluntad occidental para llegar a negociaciones positivas.

La Nota soviética de 26 de noviembre, también muy extensa, contiene algunas modificaciones importantes de la primitiva postura rusa. Por lo pronto se acepta anteponer la Conferencia de los Cuatro a la de los Cinco; en seguida se añade que el abandono de todo el sistema defensivo occidental no es una condición previa a su celebración, sin perjuicio de insistir en sus ataques a la C.E.D. como una amenaza de la paz y en sus conocidos puntos de vista sobre la unificación de Alemania: por último se aventura a proponer un lugar de reunión: Berlín, algo que había sido soslayado en absoluto en las últimas comunicaciones a los occidentales.

Bajo la mejor impresión del tono moderado y conciliador de la última Nota soviética se reunieron en las Bermudas los tres Grandes con sus respectivos ministros de Asuntos Exteriores. Las conversaciones se celebraron del 4 al 7 de diciembre, pretendiendo rodearse del máximo secreto. No obstante, el mundo conoció que la Conferencia de las Bermudas había servido no sólo para poner de relieve la común política occidental, sino también las reticencias y dificultades existentes entre estas tres potencias acerca de varios puntos importantes de la común política: por ejemplo, la C.E.D. Naturalmente, el comunicado final pone el acento sobre la identidad occidental frente a los problemas de la política mundial, a la que se pasa revista general. Especialmente se insiste en considerar la Organización atlántica como la piedra angular de la política común. La integración de la C.E.D. dentro de esa Organización, la unidad europea, incluida Alemania, la inmediata celebración de una Conferencia política coreana, son otros tres puntos señalados en el comunicado. Y, por último, la contestación a la Nota soviética, cuya elaboración ocupó la mayor parte de las deliberaciones por haberse manifestado divergencias sobre su contenido entre los norteamericanos de un lado y los franceses e ingleses de otro. La Nota occidental fué sometida al Gobierno de Bonn el mismo día 7, último de la Conferencia, y al día siguiente se hizo llegar a Moscú. Los Tres occidentales expresan su satisfacción ante la favorable actitud soviética que la Nota del 26 de noviembre traduce para que se celebre la Conferencia cuatripartita, paso para una posterior Conferencia de Cinco en que puedan abordarse, una vez tratada la cuestión de la unificación germana, otros problemas internacionales. Se acepta la ciudad de Berlín y se señala como posible la fecha del 4 de enero.

La Unión Soviética respondió el 26 de diciembre. Se limitó a proponer la fecha del 25 de enero como más conveniente y que el lugar exacto de la reunión fuese determinado por los representantes de los altos comisarios en Berlín. La respuesta occidental no se hizo esperar. El 1 de enero se hacía saber al Gobierno de Moscú la aceptación de la fecha 25 de enero. El edificio debía ser aquel en que se encontraba instalado el Consejo de Control, como ya se había indicado en la Nota de 8 de diciembre. Por último, una Nota soviética del 4 de enero vuelve sobre su proposición de que los representantes de los altos comisarios de las cuatro potencias en Berlín fijen el local de las reuniones.

Esta es la larga gestación, iniciada con el discurso de Churchill en mayo de 1953, de la Conferencia cuatripartita de Berlín. Los resultados no corresponden a tanto esfuerzo. Esto explica el desencanto sufrido, especialmente por los más interesados, austríacos y alemanes. Toda la Conferencia fué una demostración de la imposibilidad de llegar a soluciones prácticas y urgentes en los problemas planteados en el mundo por obra y gracia de lo irreconciliable de las posiciones de los bloques soviético y occidental. Esto no quiere decir, sin embargo, que la Conferencia berlinesa haya significado una ruptura, antes bien, más parece llevar a la conclusión de que nadie quiere la guerra y de que la consecuencia necesaria de la oposición existente y de lo penoso que resulta el diálogo, cuando éste llega, es el mantenimiento del status quo alcanzado, en cuya prolongación cada uno espera ganar nuevas posiciones desde las cuales pueda forzar una solución favorable a sus intereses. De esta Conferencia ha nacido, o se ha confirmado, la posibilidad de otra en la próxima primavera, ceñida exclusivamente a los asuntos asiáticos (Coea e Indochina), lo cual significa una ventaja al conseguir separar los asuntos europeos y los asiáticos, evitándose así una confusa discusión global como Rusia había pretendido siempre. Claro que este desglose no podrá considerarse nada más que tran-



siario, pues todo está sometido al despliegue de la política de las grandes potencias, y bastará que una de ellas lo quiera para que inmediatamente vuelvan a involucrarse los problemas y a operar los unos como condición de los otros. Pero de momento ya es algo, quizá lo único aprovechable de la Conferencia de Berlín.

Con respecto a los problemas específicamente europeos, la Conferencia fué un fracaso. A la vista de sus resultados, tienen mucho de dramático los llamamientos de Adenauer y del Gobierno de Viena a los Cuatro Grandes para que lleguen a una solución de los problemas de sus respectivos países, el viaje del ex canciller Figg al frente de una delegación austriaca y las declaraciones de ambos Gobiernos después de conocido el fracaso de la Conferencia. Las conversaciones sobre la reunificación de Alemania entraron inmediatamente en punto muerto. Imposible llegar a un entendimiento ante la desconfianza que los unos inspiran a los otros. Cada uno sabe y teme que la solución ofrecida por el contrario significa la incorporación de toda Alemania a su respectiva área de influencia. Y ni los occidentales y Adenauer pueden aceptar un Gobierno provisional alemán que sería el paso inevitable hacia un régimen hitleriano, ni la Unión Soviética aceptará nunca unas elecciones libres en todo el país, que significarían la inclinación de una Alemania unificada hacia el bloque occidental y al que aportaría su participación armada.

El fracaso del intento de llegar a una solución en el problema, tantas veces diferido, del Tratado de paz con Austria, es, si cabe, aún más doloroso. Porque el problema alemán es un problema medular cuya solución es el todo o el nada de la estabilidad europea, y por eso necesariamente se ha de dar allí la batalla más dura. Pero el problema de Austria ha tomado de repente un carácter de revancha que, sobre destruir las esperanzas más fundadas, lo incorpora a otro problema general mucho más difícil: que se acorten las distancias entre Este y Oeste. Rusia se ha declarado dispuesta a mantener sus fuerzas en Austria, aun después de que el Tratado de paz fuese firmado, como réplica al mantenimiento de bases militares norteamericanas en Europa que estima amenazan su seguridad. Nada menos que el abandono o reducción del sistema defensivo occidental viene así a ponerse como condición de la efectiva pacificación de la pacífica Austria.

Si la reunificación de Alemania ha desaparecido del futuro previsible, la necesidad de que ante la prolongación indefinida de la presente situación la Alemania de Bonn se incorpore plenamente a la política occidental parece bastante clara. Esta ha sido la tesis defendida por el canciller Adenauer después de la Conferencia de Berlín frente al decepcionado pueblo germano, que tendrá siempre en la reunificación del país el primero de sus objetivos. En la medida en que la tesis de Adenauer gane el espíritu de sus compatriotas, Ollenhauer perderá más o menos puntos en la opinión pública alemana, y la Alemania del Este tendrá menos que hacer en su labor de propaganda dirigida al occidente del país.

Y he aquí que por esto mismo la suerte de la C.E.D. cobra toda su importancia. En el curso de los dos trimestres que comentamos en esta crónica han ocurrido hechos de importancia para la C.E.D. En el primer trimestre, el 26 de noviembre, la Cámara belga ratificaba el Tratado de París por una mayoría de 148 votos contra 49 y 3 abstenciones, después de una vigorosa defensa por parte del ministro de Asuntos Exteriores, Van Zeeland. En el segundo, el 20 de enero, el Senado holandés ratificaba el mismo importante documento por 56 votos contra 4, confirmando así la ratificación de la Cámara del 25 de julio de 1953. Y el 25 de febrero el embajador de los Países Bajos en París depositaba en el Ministerio francés de Asuntos Exteriores los instrumentos de ratificación del Tratado y de los protocolos adicionales. Holanda, pues, ha sido el primer país de los seis firmantes que ha concluido felizmente la etapa parlamentaria necesaria para que la C.E.D. sea un hecho. Nuevamente en Bélgica, las Comisiones de Asuntos Exteriores y de Defensa del Senado aprobaban el proyecto del Tratado el 11 de febrero por una votación favorable de 27 contra 10 y 2 abstenciones. Ese mismo día, el Gabinete Scelba, recién constituido, daba la aprobación del nuevo Gobierno de Italia al proyecto de ley de ratificación. Y el 12 de marzo el Senado belga aprobaba por 123 votos contra 40, y 2 abstenciones, el Tratado de París.

En Alemania, sabido es que las dos Cámaras han ratificado el Tratado de la C.E.D., pero en este país el período parlamentario no podía considerarse concluso hasta que no se hubiese dicho la última palabra sobre la constitucionalidad del rearme alemán. Esta es la



cuestión que se ha planteado en Bonn en el primer trimestre del año en curso. El 11 de enero el Gobierno federal sometió al Bundestag un proyecto de ley que modificaba la Constitución de la República en el sentido de permitir la creación de fuerzas militares alemanas. El 21 de febrero aprobaba aquella Cámara, en tercera y última lectura, las enmiendas que se le habían sometido por 334 votos contra 144. Sólo los socialdemócratas votaron en contra. El 19 de marzo el proyecto ganaba igualmente en el Bundestag la necesaria mayoría de los dos tercios (26 votos a favor contra 4 y 8 abstenciones). Pero para entonces los tres altos comisionarios occidentales habían hecho saber al Gobierno federal que el proyecto de ley sobre las enmiendas debía serles sometido antes de entrar en vigor. El Gobierno de Bonn sometió el proyecto al examen de las autoridades aliadas. El 25 de marzo la Alta Comisión dió su aprobación a dos de las tres enmiendas constitucionales que comprendía el proyecto, pero recomendaba al Gobierno federal se abstuviera de tomar ninguna medida relativa a defensa hasta que la Comunidad defensiva europea entrara en vigor. Le tercera enmienda concedía competencia al Parlamento federal en materia de defensa, y quedó condicionada a la previa entrada en vigor de los Tratados de Bonn y París. Con esto quedó abierto el camino para la conclusión del período parlamentario alemán. El 26 de marzo firmaba el presidente de la República federal la ley complementaria de la ley fundamental (enmiendas constitucionales), el 29 hacía lo propio con los proyectos de ley de ratificación de los Tratados de Bonn y París, y al día siguiente los instrumentos de ratificación, que quedaban depositados en el Ministerio de Asuntos Exteriores federal.

Pero este avance en orden a la total ratificación de los Tratados de Bonn y París por parte de tres de los países signatarios, no quiere decir que la C.E.D. haya superado la difícil etapa que hace tiempo viene atravesando y a la que siempre hemos aludido desde estas columnas. En absoluto. Basta dirigir la mirada a las perspectivas que a esta Comunidad Defensiva se ofrecen en la República francesa. Bidault afrontó el problema en un discurso pronunciado ante el Consejo de la República el 29 de octubre. La necesidad de contar con Alemania para el rearme europeo es algo sobre lo que no había ninguna duda. La dificultad para el ministro francés estaba en acertar con el cómo, y también la forma de control que debía ejercer sobre Alemania. La incorporación germana dentro del cuadro de la comunidad europea parecía a Bidault la que menos riesgos ofrecía, pero siempre que se contara con las garantías exigidas por Francia (protocolos adicionales, mayor vinculación de Inglaterra, garantías atlánticas). La Comisión de Asuntos Exteriores de la Asamblea Nacional comenzó el 2 de diciembre el estudio técnico del Tratado de la C. E. D. sobre la base del informe de Jules Moch, y concluyó el 25 de febrero. Simultáneamente se han registrado numerosas manifestaciones contrarias a la C. E. D. en diversos sectores del país. El general De Gaulle atacó la política de unificación de Europa, y la C. E. D. en particular, en una conferencia de Prensa el 12 de noviembre. El ex ministro Michelet atacó a la Comunidad al examinar el 10 de febrero la cuestión de sus efectivos ante la Comisión senatorial de Defensa Nacional. Este mismo personaje dió la iniciativa de la celebración en París de una reunión de elementos contrarios a la C. E. D. en los distintos países llamados a formar esa Comunidad, en la que se llegó a decidir la creación de un organismo permanente para coordinar la acción opuesta a la C. E. D. Ciertamente que también pueden encontrarse manifestaciones favorables a la C. E. D. y sobre todo la conciencia de que urge plantear claramente la cuestión ante la Asamblea. Pero es tanta la hostilidad, la confusión y la susceptibilidad, que el Gobierno teme afrontar el momento en que se tenga que decidir la ratificación francesa.

El 14 de diciembre, Foster Dulles, a la sazón en París para asistir a la reunión de Ministros del Consejo atlántico, hizo unas declaraciones que merecen ser recordadas. El secretario de Estado dijo que si la C. E. D. no era ratificada pronto, los Estados Unidos se verían obligados a proceder a un reexamen "trágico y fundamental" de su política exterior, uno de cuyos aspectos sería la retirada de las tropas norteamericanas en Europa. El 22 del mismo mes se expresaba en parecido a términos ante el National Press Club de Washington, añadiendo: "nos aproximamos a una fecha en que la abstención equivaldría a una acción adversa". Y al día siguiente, después de haberse reunido con el Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos para oír los informes de sus consejeros sobre la C. E. D. y la N.A.T.O., el presidente Eisenhower confirmaba las declaraciones de Foster Dulles en París. Para entonces aún no se había celebrado la Conferencia de Berlín y, por tanto, es de suponer que si en



diciembre los Estados Unidos urgían llegar a conclusiones sobre la defensa europea, mucho más después de una Conferencia que ha diferido *sine die* la unificación alemana prolongando la actual división europea.

La C. E. D. es una pieza fundamental en el sistema defensivo occidental patrocinado por los Estados Unidos, cuyo objetivo es precisamente la protección del llamado mundo libre frente a toda amenaza de agresión procedente del bloque soviético. Pues he aquí que a lo largo de los dos trimestres que comentamos, Moscú ha dado una nueva versión de su política de seguridad colectiva que en el fondo envuelve un serio peligro para el sistema defensivo occidental. Si esta nueva versión de la política soviética cuenta con una lenta elaboración en la mente de los hombres de Moscú, es algo que nadie puede precisar. Pero no conviene olvidar que los propios occidentales se han encargado de sugerir algo parecido. La idea central de la sugerencia que encontramos en los occidentales, es ésta: es necesario dar garantías a la U. R. S. S. de que el sistema defensivo de Occidente no supone una amenaza para su seguridad. En éste sentido habló Churchill en su discurso del 11 de mayo, ya aludido. En la mente del primer ministro británico operaban, sin duda, conversaciones anteriores sobre el tema entre los políticos aliados. Foster Dulles aseguró más tarde, el 6 de octubre, que estaban en curso conversaciones entre los occidentales y el Gobierno de Bonn, dirigidas a dar seguridades contra todo posible resurgimiento de la agresividad alemana. Dulles dijo que la C.E.D. ofrece la mayor seguridad, aunque ya sabemos que ésto no es así para Francia. Pero, junto a Francia, también la U.R.S.S. ha clamado contra la inseguridad que la C.E.D. puede representar para Europa. Quizá por eso los aliados incluyeron en el proyecto de Nota redactado para contestar a la soviética de 28 de septiembre una alusión concreta al problema de la seguridad general de Europa, que, sin embargo, a sugestión de Bonn, desapareció del texto definitivo que fué enviado a la Unión Soviética el 18 de octubre. Moscú se encargó de hacer una alusión a lo mismo en su contestación del 5 de noviembre y aun más en la Nota de 26 del mismo mes, en la que al argumentar contra la C. E. D. se dice que esa seguridad europea a la que quiere servir la Comunidad no podrá alcanzarse sino por "un recíproco acuerdo de todos los países europeos para garantizar la seguridad de Europa", y, por ello, la U. R. S. S. se declara dispuesta a colaborar con todos los países europeos "para asegurar la paz" en el Continente. Este proyecto soviético aparece con frecuencia durante esos meses en su política de propaganda. En la Cámara del Pueblo de la Alemania del Este aparece detrás de las palabras de Ulbricht y del presidente Pieck y la prensa soviética o filocomunista de Europa lo recoge repetidas veces. El 10 de diciembre, aniversario del Pacto franco-soviético de 1944, es aprovechado por Pravda para poner de relieve el plan ruso de seguridad europea. Pero todo este movimiento no puede ser considerado, como ha querido algún comentarista, como un *ballon d'essai* para preparar lo que los rusos querían decir en la Conferencia de Berlín. Cuando en plena sesión de los Cuatro Grandes, el ministro soviético de Asuntos exteriores presentó el llamado Plan Molotov, no hacía sino insistir en lo que ya había anunciado oficialmente con anterioridad el Gobierno de Moscú. El Plan Molotov de seguridad colectiva europea abarcaría a todos los países europeos (entiéndase a todos los satélites europeos del comunismo y a la propia U. R. S. S.) y tendría una validez de cincuenta años. Está claro que el disparo va dirigido a herir de muerte a la C. E. D. y a la Organización atlántica. Porque todo el sistema defensivo que descansa en estas dos piezas sólo puede realizarse contando con los Estados Unidos, que quedarían excluidos del nuevo sistema paneuropeo propuesto por Rusia, la cual, en ausencia de los recursos norteamericanos, volcaría sobre Europa toda su influencia, alcanzando sin demasiada dificultad una unificación alemana de signo comunista y el dominio de la economía europea por la natural apertura de los intercambios y comunicaciones entre Este y Oeste. Los Estados Unidos no podrían ni discutir un abandono tan radical de toda su política y que amenaza de tal suerte su propia seguridad en un tiempo no lejano. Y por eso los occidentales rechazaron conjuntamente en Berlín el Plan Molotov. Pero el Gobierno de la Unión Soviética hizo entrega el 31 de marzo a los embajadores de las tres potencias aliadas en Moscú una Nota sobre los planes soviéticos de seguridad europea, en la que se declara que no habría inconveniente en que los Estados Unidos formaran parte del Plan Molotov presentado en Berlín y que, además, la U. R. S. S. estaba dispuesta a examinar con los Gobiernos interesados su posible participación en el Pacto del Atlántico.



Las derivaciones de esta nueva versión de la política rusa no son fáciles de prever, pero puede asegurarse que la Unión Soviética volverá a insistir y a jugar esta carta en el complicado mapa de las situaciones europeas y mundial.

\* \* \*

La indudable amenaza que para la seguridad mundial representa el desarrollo del armamento atómico, y, sobre todo, las consecuencias de la posesión por parte de Rusia de la bomba H, han gravitado sobre el panorama general de la política mundial. El 6 de octubre pronunció un discurso el presidente Eisenhower en Atlantic City acerca del formidable poder destructivo del nuevo armamento atómico. Simultáneamente hacía unas declaraciones en Washington el secretario de Defensa, Wilson, en las que se refirió a las posibilidades rusas en el presente y en el futuro, en cuanto a armamento atómico y a la bomba H. Finalmente, el secretario general de las N. U. invitó al presidente Eisenhower a pronunciar un discurso el ocho de diciembre ante la Asamblea General sobre el tema "Los peligros que amenazan al mundo en la edad atómica". El texto fué aprobado por los Tres Grandes occidentales reunidos en las Bermudas. El presidente de los Estados Unidos pidió en su discurso la creación de un pool atómico mundial que salvaguardara al mundo del peligro de la utilización no pacífica de la energía nuclear. La reacción soviética fué favorable a esta importante proposición norteamericana. En Nota entregada al embajador de los Estados Unidos en Moscú, el 21 de diciembre, el Gobierno de la U. R. S. S. estima que la proposición del presidente Eisenhower tiene una gran importancia para disminuir la tensión internacional y se declara dispuesto a entablar conversaciones confidenciales al respecto. Los Gobiernos francés e inglés dieron también su asentimiento a la iniciativa norteamericana. Los contactos con Rusia se establecieron en seguida. El tres de enero anunciaba el embajador de los Estados Unidos en Moscú, Charles Bohlen, haber celebrado ya una conversación con Molotov el último día del año 1953, y el día seis de enero el Departamento de Estado informaba haberse llegado a un acuerdo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética para la celebración de conversaciones preliminares, que tendrían lugar en Washington. Estas conversaciones comenzaron el día 11 entre Foster Dulles y el embajador soviético, Zarubine. Después, cuando la Conferencia de Berlín reunió a los Ministros de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos y de Rusia, prosiguieron entre ellos las conversaciones sobre el proyecto del pool atómico. En marzo tuvieron nuevos contactos sobre este tema el secretario de Estado y el representante soviético en Washington.

\* \* \*

Dentro del cuadro de actividades de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, la más importante ha sido la reunión del Consejo, celebrada en París del 14 al 16 de noviembre, órgano supremo de esta Organización. Su celebración había sido precedida por acontecimientos de importancia en la política mundial, que quedan ya reseñados: el intenso cruce de Notas entre occidentales y soviéticos, la celebración de la Conferencia de las Bermudas y el discurso del día 8 del mismo del presidente Eisenhower sobre la creación del pool atómico mundial. Por otra parte, la Conferencia de Berlín se presentaba como muy cercana. Todo lo cual no ha dejado de ejercer su influencia sobre las sesiones del Consejo atlántico. Aparte de las cuestiones puramente técnicas militares que en ella se han tratado y las financieras de la Organización, éstas más brevemente, el Consejo ha hecho balance de lo realizado hasta ahora. Pese al escepticismo con que hay que leer siempre los comunicados finales, el facilitado el día 16 parece acusar una mayor tranquilidad que en otras ocasiones en la revisión del esfuerzo hecho por los Estados miembros. En las deliberaciones Francia insistió en las ya conocidas garantías atlánticas, que para ella significan un contrapeso a la participación armada de Alemania dentro de la C.E.D. Apuntada queda más arriba la importancia de las declaraciones hechas por Foster Dulles sobre la urgencia de



que la C.E.D. entre en el terreno de las realidades, y sin duda el secretario de Estado, que había acudido a París para asistir a la sesión del Consejo atlántico, quiso prevenir cualquier entorpecimiento a la política europea de rearme por parte de Francia.

En conjunto, los tres temas más importantes sobre los que se ocupó el Consejo del Atlántico en su XII Sesión, fueron: la nueva orientación estratégica del Estado Mayor norteamericano (New look), la C.E.D. y sus relaciones con la estrategia norteamericana en Europa, y las perspectivas de la próxima Conferencia berlinesa.

Del 26 al 28 de noviembre tuvo lugar en La Haya la reunión del Consejo de Ministros de la C.E.C.A. Sobre los debates pesó en gran manera la inquietud producida por la tensión existente entre Este y Oeste, la violencia de la situación de Trieste y la inseguridad francesa. No obstante se estudiaron muchos puntos concernientes al proyecto de la Comunidad política europea sobre la base del informe preparado en las conversaciones de Villa Aldobrandini. Los problemas constitucionales tratados se refirieron a la elección de diputados para la Cámara del Pueblo por sufragio universal directo, la proporción en la representación nacional en la Cámara Alta, la formación del Ejecutivo supranacional y sus relaciones con el Consejo de Ministros nacionales. Realmente la Conferencia de La Haya no llegó a resolver ningún problema de fondo y se encargó a una Comisión de expertos de los seis países la redacción de un nuevo proyecto de la Comunidad de acuerdo con las instrucciones formuladas en la Conferencia. Esta Comisión inició en seguida una serie de reuniones en la capital francesa.

En torno a la disputa italo-yugoslava sobre Trieste ha habido una serie de acontecimientos de importancia. A lo largo de todo el año 1953 se ha ido agravando esta crisis, y para resolverla la diplomacia anglo-norteamericana parece que bajo la inspiración del embajador de los Estados Unidos en Roma, señora Luce, ha arbitrado la solución contenida en la declaración conjunta de 8 de octubre. En virtud de esta declaración, ambos Gobiernos estiman no poder continuar atribuyéndose la responsabilidad de la administración de la Zona A ante la nueva situación creada y no prevista en el Tratado de paz, y en consecuencia deciden retirar sus tropas, poniendo fin al gobierno militar anglo-norteamericano de la dicha Zona y transferir su administración al Gobierno italiano, atendiendo al carácter italiano que en ella predomina.

La opinión italiana acogió con satisfacción la resolución aliada, y el primer ministro, Pella, en nombre de su Gobierno, anunció a los de Washington y Londres el día 10 la aceptación oficial de Italia. Inmediatamente se iniciaron conversaciones para la transferencia de los poderes. El día anterior, Pella, ante la Cámara hizo unas declaraciones importantes sobre la solución aliada de 8 de octubre: que este cambio de administraciones en la Zona A no significaba renuncia a las reivindicaciones italianas sobre la totalidad del T.L.T., y que la declaración anglo-norteamericana no estaba en contradicción con la declaración tripartita de 1948.

Por parte yugoslava la reacción fué violenta, como era de esperar. En Belgrado y otras ciudades yugoslavas fueron asaltados establecimientos pertenecientes a los Gobiernos aliados. Tito dió a conocer la actitud oficial yugoslava en sus dos discursos de Leskovac y Skoplje, los días 10 y 11, respectivamente. Se había querido situar a Yugoslavia, dijo, frente a un hecho consumado y, por eso, la entrada de tropas italianas en la Zona A implicaba un claro caso de agresión. Por último, Tito afirmó que la cuestión triestina no debía ser resuelta sino pacíficamente por los propios interesados. El día 12 Belgrado envió una Nota a Londres, Washington y Roma, proponiendo la celebración de una conferencia contripartita sobre la base del artículo 33 del Estatuto de las N. U. Simultáneamente, el Gobierno yugoslavo envió un extenso memorandum al secretario general de las N. U., proclamando los derechos yugoslavos sobre el T.L.T. y llamando su atención sobre la violación que de esos derechos suponía la resolución aliada del 8 de octubre.

La gravedad de la situación hizo a los interesados tomar medidas militares. Siete divisiones yugoslavas fueron situadas en la frontera con Italia y en la Zona B. Italia, por su parte, destacó en la zona fronteriza tres divisiones de las que forman parte de las fuerzas integradas en la N.A.T.O. Esto, que fué comunicado por el Gobierno de Roma a la Shape, constituye el primer caso en que un país perteneciente a la Organización atlántica toma disposiciones sobre unidades integradas en las fuerzas comunes como si se tratase de fuerzas solamente nacionales. Por lo demás, la Unión Soviética se dirigió a los Gobiernos de Londres



y Washington el 12 de octubre acusando a los aliados por una resolución que supone grave violación del Tratado de paz con Italia. El día anterior a la entrega de la Nota de protesta soviética, el embajador ruso en Belgrado conferenció con el ministro yugoslavo de Asuntos Exteriores.

Durante los días inmediatos se siguió una intensa actividad diplomática en Roma, Washington y en el Foreign Office. Pella recordó en una entrevista concedida a la Agencia Reuter el día 15, que Italia había propuesto en el mes de septiembre la celebración de una conferencia y que en la actualidad mantenía su proposición siempre que se diese entrada en las deliberaciones a Francia y que se equilibrase la situación entre Italia y Yugoslavia, entregando a la primera la administración de la Zona A y retirando la segunda sus fuerzas de la Zona B.

La celebración de la Conferencia de Londres del 16 al 18 del mismo mes ofreció una oportunidad para tratar directamente por los Tres Grandes el problema de Trieste. Así se hizo, pero el comunicado final no trajo nada interesante y si solo las dificultades ante las que se encontraba la diplomacia occidental, comprometida con Italia pero nada interesada en un distanciamiento yugoslavo.

Los occidentales tomaron de nuevo la iniciativa al convocar en el Foreign Office con urgencia a los representantes diplomáticos italiano y yugoslavo en la capital británica y comunicárselos confidencialmente que, como consecuencia de la recién concluida Conferencia, se había proyectado la celebración de una conferencia a cinco, con la participación de Francia. La reacción italiana fué favorable a condición de que las deliberaciones se iniciasen después de haberse comenzado la entrega a Italia de los poderes administrativos de la Zona A, según la decisión aliada del día 8. Yugoslavia la rechazó en tanto que esta conferencia a Cinco no significase el abandono de la misma decisión del día 8.

La reunión en París del Consejo de la O.E.C.E., el 29 de octubre, dió ocasión para que Pella se entrevistase con Bidault, requiriéndolo de Francia una intervención con carácter de mediadora, dado que ella no había tomado parte en la discutida decisión occidental del día 8.

En seguida, nuevos acontecimientos vinieron a agudizar la ya grave situación triestina. El 5 de noviembre, fecha aniversario del desembarco de tropas italianas en Trieste, dió ocasión a manifestaciones pro-italianas que, al ser disueltas con uso de armas de fuego por parte de las tropas aliadas de ocupación, degeneraron en sangrienta batalla. Italia reaccionó airadamente contra los ingleses, por ser de esa nacionalidad el general Winterton, comandante militar aliado.

El 6 de noviembre Yugoslavia propuso la celebración de una Conferencia de Cinco, de carácter meramente técnico, que se reuniría en París, y en la cual se prepararían las condiciones necesarias para una posterior conferencia política en que se entrase en el fondo del problema. La propuesta yugoslava fué reelaborada en Washington y presentada de nuevo en Roma y Belgrado. Ahora se proponía una sola conferencia de naturaleza política. Nuevamente Italia aceptó y Yugoslavia rechazó, insistiendo en su primitiva propuesta del 6. Los Tres Grandes reunidos en las Bermudas insistieron cerca de Belgrado, sin mejor fortuna.

Sin embargo, las dos partes interesadas llegaron a un acuerdo sobre la retirada de fuerzas de la frontera que contribuyó a disminuir la tensión existente. La retirada se llevó a cabo simultáneamente y concluyó el 20 de diciembre.

En contraste con este trimestre último de 1955, tan apretado de sucesos referentes a la disputa triestina, el primero del año 1954 ha sido de considerable calma. Tienen interés, sin embargo, algunas declaraciones de los hombres representativos de la política de ambos países para conocer la evolución que pueda seguir el problema a lo largo del nuevo año. Para Italia, Trieste es la pieza fundamental de sus relaciones con Yugoslavia. En tanto no se remueva esta dificultad, no podrá existir armonía entre Roma y Belgrado. En estos términos de total antagonismo está planteada la cuestión. Los discursos de Tito el 29 de enero ante la Asamblea yugoslava, poco antes de ser reelegido presidente de la República, y de Scelba, el 18 de febrero, con ocasión de presentar su Gobierno ante el Parlamento italiano, expresan lo irreconciliable de las dos actitudes.

No obstante, ya en el mes de marzo, parecen haber advertido algunos síntomas por parte de Yugoslavia que pueden ser interpretados como una derivación hacia un tono más moderado que pudiera dar nuevas oportunidades a contactos directos entre los dos países interesa-



dos. Tito hizo unas declaraciones el día 3 al *Times* londinense en las que, pese a insistir en los conocidos puntos de vista yugoslavos sobre el T.L.T., no es aventurado señalar cierta moderación y aun el deseo de encontrar una vía de diálogo con Roma. Un comentarista italiano ha interpretado esta actitud del mariscal Tito como esperanza de que el Gobierno democrático de Srelba, en el que es sensible la influencia de los elementos de la centro-izquierda, sea mejor interlocutor que el de Pella.

\* \* \*

En relación con las negociaciones relativas a la Conferencia política coreana, el Gobierno de los Estados Unidos envió el 8 de octubre un cuarto mensaje a los de la China comunista y Corea del Norte, de contenido similar a los anteriores y, como éstos, transmitido por medio del Gobierno de Suecia. Los Estados Unidos insistieron en su proposición de que la Conferencia se reuniese el 13 de octubre en San Francisco, Honolulu o Ginebra, y declararon que sus representantes estaban dispuestos a entrar en contacto con los comunistas para tomar las disposiciones necesarias a dicha celebración. Las cuestiones administrativas y de procedimiento y todas las demás relativas a la apertura de esta reunión internacional deberían ser examinadas cuanto antes por los delegados de ambas partes. Las tres comunicaciones que el Gobierno de los Estados Unidos envió durante el mes de septiembre a los Gobiernos comunistas chino y nortecoreano se cruzaron con las de éstos de fechas 13 y 14 del mismo mes. Como en esas dos ocasiones, ahora ambos Gobiernos comunistas volvieron a renovar sus críticas contra las decisiones tomadas por la Asamblea General y a insistir en la necesidad de que participen en la Conferencia política ciertas potencias neutrales, especialmente la India. Sin embargo, aceptaron la proposición norteamericana para unas reuniones preparatorias de la Conferencia política, en las que llegue a determinarse tanto el lugar y fecha como su misma composición. Los comunistas señalaron, finalmente, como lugar para estas reuniones preparatorias, Panmunjom.

El 12 de octubre respondía el Gobierno de los Estados Unidos aceptando esta localidad coreana como escenario de las reuniones previas, pero observando que su aceptación no implicaba que fuera igualmente aceptada para la Conferencia política. Se propone que los delegados de las dos partes pueden encontrarse el 26 de octubre. El día 19 la parte comunista da a conocer su asentimiento a tal fecha, y, en efecto, el 26 de octubre se iniciaron en Panmunjom estas conversaciones preliminares, ante las que todo escepticismo era admisible.

Desde el primer momento las dificultades estuvieron encima de la mesa. Ponerse de acuerdo sobre el orden del día ya constituyó una verdadera prueba, planteándose la cuestión de si la fecha y el lugar debían ser los dos primeros puntos a tratar, como querían los norteamericanos, o si debía ser la composición, como proponían los comunistas. El 4 de noviembre se entregaba, a propuesta del representante de los Estados Unidos, Arthur H. Dean, esta enojosa cuestión a la discusión de los consejeros técnicos de las dos delegaciones. Hasta el 14 de noviembre no se llegó a aprobar el orden del día que, sobre la base del informe de los consejeros técnicos, fué el siguiente: 1.º, composición y lugar de la Conferencia de paz; 2.º, fecha de la misma; 3.º, cuestiones de procedimiento; 4.º, cuestiones administrativas, y 5.º, gastos. El punto primero revela claramente una solución de compromiso. Que sin embargo no fué bastante para allanar el camino, pues inmediatamente los chinocoreanos propusieron que la Conferencia política se reuniese en Panmunjom y que en ella participasen como potencias neutrales la U.R.S.S., la India, Indonesia, Birmania y Pakistán. Dean rechazó todo esto, en consecuencia con la posición tomada por los Estados Unidos y las Naciones Unidas en todas sus comunicaciones sobre los preparativos de estas reuniones. La imposibilidad de que las dos actitudes enfrentadas encontraran un solo punto de conciliación hizo que las conversaciones de Panmunjom se interrumpiesen el 12 de diciembre. La suspensión fué exigida con carácter indefinido por Arthur H. Dean ante la acusación de "perfidia" formulada por la delegación chinocoreana contra su Gobierno. Inmediatamente partió para los Estados Unidos, y el 21 era recibido por el presidente Eisenhower en la Casa Blanca. El 9 de enero, Chu En Lai reclamó desde Radio Pekín la reanudación inmediata de las conversaciones de Panmunjom. Cuatro días antes el Departamento de Estado había notificado haberse iniciado



negociaciones oficiosas entre ambas partes con vistas a poner fin a la interrupción sufrida. El día 14 del mismo enero se establecía contacto entre los oficiales de ambas delegaciones para demostrar nuevamente la imposibilidad del diálogo. Días después salía también para los Estados Unidos, vía Tokio, el adjunto de Arthur H. Dean en Panmunjom, Young.

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, la Comisión Neutral de Repatriación había iniciado su cometido en medio de graves dificultades. Los prisioneros de ambas partes que se negaban a la repatriación fueron trasladados, bajo la vigilancia de fuerzas indias, a una zona demilitarizada. Tras varias dilaciones, el 15 de octubre comenzaron los interrogatorios, que han representado uno de los episodios más lamentables de la liquidación del conflicto coreano. Numerosos prisioneros rehusaron someterse a ellos, muchos otros lo hicieron por temor, los menos insistieron en la no repatriación. Las sesiones de interrogatorio sufrieron varias interrupciones, principalmente al suscitarse la cuestión del uso de la fuerza, propuesta por los miembros polaco y checo de la Comisión neutral, para obligar a los prisioneros nortecoreanos que se resistían a someterse a ellas. De acuerdo con lo previsto por la Convención de armisticio, los interrogatorios finalizaron el 25 de diciembre, pese a la protesta de los miembros polaco y checo. El informe de la Comisión neutral de repatriación expresa la división de sus miembros. India, Polonia y Checoslovaquia declaran ilegal la liberación de prisioneros chinos y nortecoreanos ordenada por el Mando de las N. U., por las violencias que dicen haberse ejercido sobre ellos. Suecia y Suiza admiten que los prisioneros surcoreanos estaban organizados, pero hacen observar que ello no constituye una violación de la Convención de Ginebra, así como que los prisioneros chinos y nortecoreanos que se han negado a la repatriación lo han decidido libremente, y en consecuencia afirman la legalidad de su libertad. Por último, las fuerzas indias procedieron el 20 de marzo, fecha prevista por el general Thimayya, a la entrega al Mando de las N. U. de los 13.000 prisioneros chinos y 7.000 nortecoreanos que se negaron a la repatriación.

No obstante todos estos acontecimientos relacionados con la liquidación del conflicto coreano, la atención internacional se ha desplazado en aquel Continente hacia el Sur. De un lado el rumbo de la guerra de Indochina, que ha llegado a amenazar el territorio de Laos, y que ha puesto en muy difícil situación a las fuerzas de la Unión Francesa en todo el territorio del Delta Rojo, con el ataque concentrado del Vietnam sobre la fortaleza de Dien Bien Fu. De otro, el proceso hacia la independencia de los tres Estados Asociados, iniciado en su fase actual con la declaración francesa de 5 de julio. Y en torno a estas dos caras, bélica y política, de la situación en Indochina, por lo demás en perfecta interdependencia, todo el planteamiento de una serie de problemas de orden internacional precisamente por la dimensión internacional alcanzada por lo que allí ocurre. Sin embargo, creemos innecesario reseñar aquí lo ocurrido en estos dos últimos trimestres en aquella península asiática, porque el lector de estos CADERNOS encontrará en el presente número un completo y actual trabajo sobre el tema.

\* \* \*

La Asamblea del Pakistán volvió el 4 de octubre sobre el examen del carácter constitucional del país, sobre la base de un informe que le fué presentado el 22 de diciembre de 1952. El 2 de noviembre la Asamblea aprobó la proposición contenida en ese informe, según la cual el país debía constituirse en República islámica. Esta decisión no dejaba de amenazar la vinculación existente con el Commonwealth. Posteriormente, al ser nombrado jefe del Gobierno Muktam Ali, de acusados sentimientos occidentales, este peligro ha disminuido, ya que la tendencia hacia la secesión del informe aprobado por la Asamblea viene a estar en oposición con la tendencia de vinculación con Occidente del nuevo Gobierno.

La noticia de concesión de bases militares para las fuerzas norteamericanas en territorio pakistaní, difundido por *New York Times* del 17 de noviembre, dió lugar a un cambio de Notas entre las potencias que se consideraban interesadas. Foster Dulles y el propio presidente norteamericano negaron tal proyecto, lo mismo que el jefe del Gobierno del Pakistán. Sin embargo, la India, la Unión Soviética y la China comunista expresaron sus protestas en Notas enviadas a Karachi y Washington por lo que consideraban una amenaza



a su propia seguridad. No obstante las negativas de los hombres de Washington, la existencia de conversaciones con el Pakistán sobre ayuda militar era un hecho. La razón de estas negociaciones hay que buscarla en el fracaso experimentado por Foster Dulles en sus proyectos de constituir un sistema de seguridad colectiva en el Oriente Medio, por estimar que esto es imposible en tanto no se llegue a una reducción de la tensión existente entre los Estados árabes e Israel, lo cual parece ahora más difícil que nunca. Este fracaso ha conducido al secretario de Estado a proyectar un reforzamiento de los vínculos existentes entre los Estados Unidos y el Pakistán dentro del marco de ayuda militar. Lo que desde Washington y Karachi se ha negado contestando a las acusaciones indias y soviéticas, ha sido la concesión por Pakistán de bases militares sobre su territorio para el establecimiento de fuerzas norteamericanas, pero no las negociaciones sobre ayuda militar. Las declaraciones de Mohamud Ali el 1 de enero fueron bien claras sobre el particular. Y, en efecto, el 28 de diciembre se firmaba en Karachi un Acuerdo de ayuda económica entre los Estados Unidos y Pakistán, y el 12 de febrero los Estados Unidos acordaban la concesión de ayuda militar. Posteriormente, el presidente Eisenhower se dirigió por carta a Nehru, primer ministro de la India, explicando el contenido y carácter de la ayuda norteamericana a aquel país.

\* \* \*

Las elecciones para el primer Parlamento sudanés dieron comienzo el 2 de noviembre. Los resultados, conocidos en los últimos días del mismo mes daban el triunfo al partido unionista, seguido a alguna distancia por el partido Umma, favorable a la independencia del Sudán. Mientras se desarrollaban las elecciones, el Gobierno egipcio fué repetidamente acusado por ingleses y sudaneses de ejercer influencia sobre la población para forzar un resultado favorable a los intereses egipcios. El 1 de diciembre, cuando fueron conocidos los resultados finales, el general Naguib se dirigió por radio al pueblo del Sudán, exaltando el triunfo de la facción política favorable a la unión del país con Egipto. Tres meses más tarde, con ocasión de la llegada a Jartum de Naguib para asistir a la inauguración del nuevo Parlamento, se registraron sangrientos sucesos que determinaron el retraso de diez días en la apertura.

El conflicto anglo-egipcio ha sufrido una nueva ruptura al final del primer trimestre del año en curso. Las conversaciones, interrumpidas desde el 21 de octubre, se reanudaron en la segunda quincena de diciembre, después de que el Gobierno de la Gran Bretaña hizo un llamamiento al de Egipto señalando la conveniencia de que las negociaciones volvieran a intentarse. Con ese fin llegó a El Cairo el embajador inglés, Stevenson. Sin embargo, las posiciones no variaron y el problema continuó irresoluble. Del antagonismo de las partes, especialmente de la rígida actitud egipcia, son buen ejemplo las declaraciones del ministro egipcio de Orientación Nacional, Salah Salem, el 11 de octubre, y más tarde, el 8 de marzo, del propio general Naguib. Dos días después se volvían a interrumpir las conversaciones anglo-egipcias, sin que sea posible calcular cuándo volverán a reanudarse.

Esto aparte, Egipto ha sido escenario de un espectacular fenómeno: la destitución de Naguib después de una sesión del Consejo de la Revolución, la noche del 24 al 25 de febrero, y la vuelta al poder del general dos días después. Este hecho singular sólo puede ser interpretado a la luz de las disidencias existentes hace tiempo en el seno de aquel alto órgano de la política egipcia, disidencias que tienen como protagonistas a los elementos extremistas y moderados que hicieron la revolución. Los primeros están representados por el vicepresidente Nasser y el ministro Salah Salem, quienes parece han revelado del poder personal alcanzado por el general Naguib. La decisión del Consejo de la Revolución decretaba la destitución del general de sus cargos de presidente de la República, presidente del Consejo y primer ministro. El Consejo de la Revolución asumía todos los poderes, bajo la presidencia de Abdel Nasser. Pero los autores de este golpe de Estado habían olvidado la enorme popularidad alcanzada por Naguib en el curso de los meses revolucionarios vividos por Egipto y a la cual ellos mismos habían contribuido. Por ello, con la misma facilidad, el día 27 volvía a la presidencia de la República como consecuencia de la revuelta de unos cuantos elementos militares afectos al general, y que ciertamente interpretaban el sentir de una mayoría considerable de la población egipcia, acostumbrada a considerar a Naguib como el hombre de



Egipto en el momento presente y a aclamarlo como tal. El hecho de que la vuelta a la presidencia de Naguib no haya impedido que Nasser continúe como presidente del Consejo, pone bien de relieve que se ha acudido a una solución de compromiso para poner fin a este confuso episodio de la actualidad política egipcia. Pero no puede evitar haber atojado la duda sobre la solidez y la estabilidad interior del Gobierno revolucionario.

\* \* \*

Del 8 de noviembre al 21 de diciembre se desarrolló en Teherán el proceso contra el ex ministro Mussadeq. El proceso tuvo repercusiones en la opinión persa, especialmente cuando el 15 de noviembre fué pedida la pena de muerte. Elementos nacionalista y comunistas se manifestaron en la capital, produciéndose desórdenes. Esta repercusión popular hizo que la condena se redujera a tres años de prisión, y a reconocer los servicios prestados a la nación por el ex primer ministro al decretar la nacionalización de la industria petrolífera.

El Gobierno del general Zahedi se ha considerado siempre dispuesto a continuar la política de nacionalización, como un supuesto fundamental de toda su actuación. Esto no ha impedido, sin embargo, que el 5 de diciembre se hayan reanudado las relaciones diplomáticas con la Gran Bretaña, interrumpidas el 22 de octubre de 1952, abriéndose así una nueva etapa en las negociaciones para solucionar el conflicto petrolífero pese a las protestas de los seguidores de Mussadeq y aun del mismo Kashani.

El 9 de febrero salieron para Teheran los miembros de una misión internacional de técnicos petrolíferos con objeto de estudiar sobre el terreno las posibilidades ofrecidas por la explotación persa. Esta misión estaba integrada por los representantes de ocho grandes compañías inglesas, francesas, holandesas y norteamericanas, interesadas en la creación de un consorcio para la comercialización del petróleo de Persia. Posteriormente reunidos en Londres, llegaron el 22 de marzo a un acuerdo de principio sobre la creación de un consorcio internacional.

\* \* \*

La crisis marroquí ha tenido especialmente importancia durante el periodo de tiempo que comentamos en orden a las relaciones hispano francesas. La manifestación marroquí que reunió a representantes de toda la población de la Zona española registrada en Tetuán el 21 de enero ante el alto comisario, teniente general García Valiño, la actitud francesa respecto de este hecho y las consiguientes reclamaciones del Gobierno de París y del sultán Ben Arafa, y, por último, la contestación del Gobierno de España, han sido los acontecimientos más interesantes. Al igual que hemos hecho con Indochina, remitimos al lector al sumario de este número, en donde encontrará un autorizado artículo en el que se examinan los acontecimientos que han producido la crisis hispano francesa sobre Marruecos.

\* \* \*

Dentro del mundo árabe ha continuado la tensión ya existente con el Estado de Israel. Y aún ha aumentado como consecuencia de una serie de incidentes en los que han sido protagonistas israelitas y jordanos. Esos incidentes, registrados los días 14 de octubre y 17 y 29 de marzo, son prueba de la violencia latente en aquella zona y de la imposibilidad de alcanzar un estado de paz, siquiera relativo, en tanto continúan las fricciones entre los Estados árabes e Israel. La importancia estratégica del Oriente Medio y el proyecto norteamericano de contar con él para el sistema defensivo occidental, explican la intranquilidad que estos acontecimientos arrojan sobre el Gobierno de Washington, en especial. El Consejo de la Liga Árabe se reunió en El Cairo en su XX sesión el 9 de enero hasta el 27 del mismo mes. Simultáneamente estuvo reunido en la capital egipcia el Comité político, que examinó el proyecto de federación árabe presentado por el Iraq. Respecto a los acontecimientos del



Norte de África, el Comité decidió el 16 de enero que fuesen siempre incluidos en el orden del día de las sesiones de la Liga Árabe, y que se creara un servicio permanente de estudio para el Norte de África, vinculado a la Secretaría General de la Liga. A estas sesiones del Comité asistieron los jefes nacionalistas de Marruecos, Túnez y Argelia.

\* \* \*

El 1 de marzo se inauguró en Caracas la X Conferencia Interamericana, con asistencia del secretario de Estado, Foster Dulles, y del secretario general de la O.N.U. El ministro de Asuntos Exteriores de Venezuela, Aureliano Otáñez, fué elegido presidente.

Esta Conferencia Interamericana ha tenido dos aspectos. Uno, específicamente americano; otro, que pudiéramos llamar universal. Del primero eran protagonistas todos los Estados americanos, o mejor, sus intereses. Del segundo, el protagonista principal era Norteamérica.

Tan clara es esta distinción, que una vez ventilado el problema de la infiltración comunista en América, esencial objetivo del jefe de la delegación norteamericana, Foster Dulles, éste se ausentó de la Conferencia, regresando rápidamente a Washington. El 8 de marzo presentó el secretario de Estado ante la Conferencia la resolución anticomunista, en la cual se llamaba la atención sobre la creciente expansión de la ideología comunista por todo el Continente, como una consecuencia de su difusión mundial. Foster Dulles puso de relieve ante los representantes americanos el peligro de una ideología que tiende a quebrar los fundamentos sobre los que se asienta la vida política, económica y social de las Repúblicas americanas. El proyecto norteamericano contra el comunismo fué votado favorablemente por la Comisión jurídico-política, registrándose un solo voto en contra (Guatemala), y dos abstenciones (Méjico y Argentina). El 26 de marzo se alcanzaba en sesión plenaria igual votación (17 votos contra uno y dos abstenciones). Aunque en la resolución no se señalaba a ningún país, implícitamente se refería a Guatemala, y por ello no es extraño que los debates sobre esta cuestión fueran la mayor parte de las veces una polémica entre el representante norteamericano y el ministro de Asuntos Exteriores de Guatemala, Guillermo Toriello Garrido.

De los problemas específicamente americanos que se esperaba fuesen tratados en la Conferencia, uno tiene carácter económico y el otro carácter político. El económico, referente a la necesidad de la poderosa ayuda norteamericana que sienten las Repúblicas de Centro-América para estabilizar su economía en el momento presente, no fué objeto del detenido examen que requiere al ser diferido hasta la celebración de una conferencia que quedó proyectada para el próximo noviembre en Río de Janeiro. El político hace referencia a las insistentes protestas americanas por la presencia de poderes europeos sobre territorios del Continente. Tres mociones existían al respecto, una argentina, otra ecuatoriana y una última brasileña. Las tres fueron aprobadas, pero ninguna de ellas contiene medidas prácticas y se limitan a una condena genérica de todo colonialismo sobre el territorio americano.

La llamada "Declaración de Caracas" fué aprobada por la Comisión jurídico-política y, más tarde, en sesión plenaria, por la Conferencia. Esta declaración proclama el derecho de todo Estado a escoger libremente sus instituciones políticas y su sistema económico como la única forma de mantener su propia independencia y soberanía contra la ingerencia de cualquier otro Estado o grupo de Estados.

La Conferencia de Caracas no ha sido un éxito si se tienen en cuenta las esperanzas puestas en ella, pero, no obstante, reviste una considerable importancia y debe ser considerada como una continuación de la línea emprendida en la Conferencia de Bogotá.

Aparte de los temas ya señalados, fueron tratados otros varios, tales el del derecho de asilo, con referencia a la disputa entre Perú y Colombia sobre el caso Haya de la Torre, y el de la discriminación racial.

FERNANDO MURILLO RUBIERA



